

*Manual de socialismo y capitalismo  
para mujeres inteligentes*

*Historia Universal*

---

RBA ACTUALIDAD



GEORGE BERNARD SHAW

MANUAL DE SOCIALISMO  
Y CAPITALISMO PARA  
MUJERES INTELIGENTES

*Introducción de*

MARGARET WALTERS

*Traducción de*

DOLORS UDINA

**RBA**

Título original: *The Intelligent Woman's Guide to Socialism, Capitalism,  
Sovietism and Fascism.*

© Brentano's Inc., 1928.

© The Public Trustee as Executor of the Estate of George Bernard Shaw, 1955.

© de la traducción: Dolors Udina, 2013.

© de la introducción: Margaret Walters, 1982.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2013.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

*Primera edición: enero de 2013.*

REF.: ONFI552

ISBN: 978-84-9006-475-7

DEPÓSITO LEGAL: B-27.948-2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A MI CUÑADA,  
MARY STEWART CHOLMONDELEY,  
LA MUJER INTELIGENTE  
A CUYA PREGUNTA ESTE LIBRO  
ES LA MEJOR RESPUESTA  
QUE PUEDO DAR



## CONTENIDO

*Introducción, por Margaret Walters* 13

### MANUAL DE SOCIALISMO Y CAPITALISMO PARA MUJERES INTELIGENTES

*Nota del autor (1937)* 69

|  |     |
|--|-----|
| 1. Se reabre una cuestión cerrada      | 75  |
| 2. El reparto equitativo               | 81  |
| 3. ¿Cuánto ha de percibir cada uno?    | 83  |
| 4. No hay riqueza sin trabajo          | 86  |
| 5. El comunismo                        | 88  |
| 6. Los límites del comunismo           | 91  |
| 7. Siete propuestas                    | 98  |
| 8. A cada cual según lo que produce    | 100 |
| 9. A cada cual lo que merece           | 108 |
| 10. A cada cual lo que pueda conseguir | 111 |
| 11. La oligarquía                      | 112 |
| 12. La distribución por clases         | 119 |
| 13. El <i>laissez faire</i>            | 123 |
| 14. ¿Cuánto es suficiente?             | 126 |
| 15. Lo que debemos comprar primero     | 137 |
| 16. La eugenesia                       | 141 |
| 17. Los tribunales de justicia         | 145 |

|  |     |
|--|-----|
| 18. Los ricos ociosos  | 149 |
| 19. La Iglesia, la escuela y la prensa                                       | 154 |
| 20. Por qué lo soportamos  | 158 |
| 21. Las razones positivas para la igualdad                                   | 161 |
| 22. El mérito y el dinero  | 164 |
| 23. El incentivo   | 166 |
| 24. La tiranía de la naturaleza  | 176 |
| 25. La cuestión de la población  | 180 |
| 26. El diagnóstico del socialismo  | 192 |
| 27. La rectitud personal   | 196 |
| 28. El capitalismo   | 202 |
| 29. Las compras  | 208 |
| 30. Los impuestos  | 217 |
| 31. Las contribuciones   | 225 |
| 32. El arrendamiento   | 232 |
| 33. El capital   | 237 |
| 34. La inversión y la iniciativa   | 243 |
| 35. Las limitaciones del capitalismo   | 246 |
| 36. La Revolución Industrial   | 251 |
| 37. El envío de capital al extranjero  | 255 |
| 38. Los subsidios, la despoblación y los paraísos<br>parasitarios            | 261 |
| 39. El comercio exterior y la bandera  | 268 |
| 40. La colisión de los imperios  | 271 |
| 41. El aprendiz de brujo   | 278 |
| 42. Cómo se acumula la riqueza y se corrompen<br>los hombres                 | 283 |
| 43. La incapacidad en los de arriba y en los de abajo                        | 287 |
| 44. La posición intermedia en la vida  | 292 |
| 45. El declive del empresario  | 303 |
| 46. El proletariado  | 311 |
| 47. El mercado laboral y las leyes que regulan<br>las condiciones de trabajo | 316 |
| 48. Las mujeres en el mercado laboral  | 328 |



|  |     |
|--|-----|
| 49. El capitalismo sindicalista                              | 338 |
| 50. La división de clases y el gobierno                      | 350 |
| 51. El capital doméstico                                     | 366 |
| 52. El mercado del dinero                                    | 373 |
| 53. La especulación  | 384 |
| 54. La banca   | 390 |
| 55. El dinero  | 400 |
| 56. La nacionalización de la banca                           | 416 |
| 57. La compensación por la nacionalización                   | 422 |
| 58. Los pasos previos a la nacionalización                   | 429 |
| 59. La confiscación sin compensación                         | 432 |
| 60. La revuelta del proletariado parásito                    | 434 |
| 61. Las válvulas de seguridad                                | 436 |
| 62. ¿Por qué la confiscación ha dado resultado hasta ahora?  | 442 |
| 63. Cómo se pagó la guerra                                   | 448 |
| 64. Los gravámenes para la amortización de la deuda nacional | 455 |
| 65. La solución del problema constructivo                    | 459 |
| 66. El falso socialismo                                      | 462 |
| 67. El capitalismo en movimiento perpetuo                    | 474 |
| 68. El coche desbocado del capitalismo                       | 482 |
| 69. El límite natural de la libertad                         | 487 |
| 70. La renta de la capacidad                                 | 502 |
| 71. La política de partido                                   | 518 |
| 72. El sistema de partidos                                   | 524 |
| 73. Las divisiones internas del partido laborista            | 532 |
| 74. Las disensiones religiosas                               | 538 |
| 75. Las revoluciones   | 552 |
| 76. El cambio tiene que ser parlamentario                    | 564 |
| 77. La empresa privada subsidiada                            | 573 |
| 78. ¿Cuánto tiempo se necesitará?                            | 579 |
| 79. El socialismo y la libertad                              | 582 |
| 80. El socialismo y el matrimonio                            | 598 |

|  |     |
|--|-----|
| 81. El socialismo y los niños          | 606 |
| 82. El socialismo y las Iglesias       | 628 |
| 83. Confusiones actuales               | 647 |
| 84. El régimen soviético               | 662 |
| 85. El fascismo                        | 687 |
| 86. Peroración                         | 705 |
| <br>                                   |     |
| <i>Apéndice</i>                        | 717 |
| <i>Índice onomástico y de materias</i> | 729 |

## INTRODUCCIÓN

por

MARGARET WALTERS

### I

El mejor lugar para empezar a leer el *Manual de socialismo y capitalismo para mujeres inteligentes* es el final. La peroración de Shaw es una de las declaraciones clásicas del credo socialista, tan válida hoy como cuando fue escrita. Renunciando a su tono educado y lógico, Shaw usa todos los recursos a su disposición. Es un ejercicio concienzudo y muy bien razonado y una expresión poderosa —y reveladora— del odio a la desigualdad que es la fuerza motora que hay detrás de este libro y del compromiso de toda una vida con el socialismo.

Para Shaw, la desigualdad económica es como el pecado original: envenena y distorsiona todos los aspectos de nuestra vida. La ley, la medicina, la educación, la Iglesia, el Parlamento, la totalidad de nuestras instituciones, se ha visto «corrompida en la base por intereses pecuniarios». La propiedad privada es una forma de rapiña: rapiña con violencia. Porque una economía capitalista nunca puede funcionar sin complicaciones:

[...] los aprovechamientos, los destrozos, los paros y las explosiones nunca cesan. Varían de magnitud: desde el aplastamiento de un trabajador ferroviario en una vía muerta hasta una guerra mundial [...] desde una pelea por un penique en una vi-

vienda de una sola estancia a un pleito que dura veinte años y reduce a todas las partes a la miseria (p. 708).

Las relaciones entre los sexos están pervertidas por el dinero y los afectos familiares no pueden prosperar cuando «toda la clase acaudalada espera siempre la herencia de sus muertos...». La amistad, la amabilidad, el idealismo, la honestidad profesional y los intentos bien intencionados de reforma política son intentos inútiles frente a la burda desigualdad de nuestro sistema económico.

En este capítulo final, emerge un tono de desesperación misantrópica que durante la mayor parte del libro se mantiene en suspenso. Trotsky señaló en una ocasión que Shaw habría sido un escritor muy diferente si el «fluido fabiano» que corría por sus venas se hubiera visto «fortalecido por al menos un 5 % de la sangre de Jonathan Swift».<sup>1</sup>

Sin embargo, al menos en este caso, Shaw se hace eco del idealismo pesimista de este otro gran irlandés:

Tenemos que confesarlo: la humanidad capitalista en general es detestable. El odio de clase no es un simple problema de envidia por parte de los pobres y desprecio y temor por parte de los ricos. Tanto los ricos como los pobres son detestables de por sí. Por mi parte, detesto a los pobres y espero con ansiedad su exterminación. Los ricos me dan un poco de lástima, pero también me inclino por su exterminio [...] Me desesperaría si no supiera que un día morirán y que no hay necesidad de que sean reemplazadas por personas como ellas (p. 706).

De hecho, sigue Shaw, si no desesperáramos del capitalismo y la democracia tal como los conocemos,

1. Citado por Edmund Wilson en *The Triple Thinkers*, Pelican, 1962, pp. 196-197.

demostraríamos una indignidad tal que no nos quedaría más que esperar la creación de una nueva raza de seres capaces de triunfar donde nosotros hemos fracasado (p. 710).

Cuando se publicó este libro en 1928, Shaw tenía setenta y dos años. Hacía más de cuarenta que predicaba el socialismo. El libro se inspira en la afición a la política de toda una vida, en décadas de redacción de panfletos, de provocación y de trabajo paciente en distintas comisiones. Es un tributo a la determinación con la que Shaw, mediante su histrionismo y sus giros bruscos, sus incursiones en el misticismo y sus flirteos con el fascismo, mantuvo su compromiso de juventud con el socialismo. El programa político que se destaca en este libro había sido propuesto por los fabianos en la década de 1880 y, desde 1910, Shaw defendió convencido la igualdad de la renta.

Este *Manual de socialismo y capitalismo para mujeres inteligentes* es el intento de Shaw de dar a sus ideas una expresión sistemática y de gran amplitud. Es también uno de sus más brillantes ejercicios de propaganda. La cuñada de Shaw, lady Cholmondeley, le había pedido que le expusiera «algunas de sus ideas sobre el socialismo» para comentarlas con las mujeres de su círculo de estudios. Obtuvo más de lo que había pretendido: el «librito» para principiantes fue creciendo hasta alcanzar más de quinientas páginas de escritura densa. Shaw se dirige a una audiencia no convertida y probablemente conservadora con un celo inagotable. Es encantador, razonable, práctico y casi siempre optimista. Apelando al sentido común y al altruismo de sus lectores, les garantiza que el capitalismo «no es eterno, que ni siquiera está firmemente establecido, y que, una vez diagnosticado científicamente, tampoco es incurable ni tan difícil de curar» (p. 238) y que pueden aplicarse los remedios fabianos.

Sin embargo, a lo largo del libro palpita un análisis más

pesimista. Hay indicios de que Shaw se sintió impelido a escribir tan extensamente por su reconocimiento de una crisis inminente en Inglaterra y en Europa. La guerra mundial había hecho añicos la sociedad en la que vivió Shaw de pequeño, pero también había intensificado la violencia y la injusticia. El desempleo alcanzaba niveles inéditos incluso en la década de 1880; la huelga general de 1926 —que Shaw consideró una forma de suicidio nacional— lo convenció finalmente de que los sindicatos solo pretendían apropiarse de su parte del botín capitalista. La concesión del voto a las mujeres en 1918 había agravado la decepción de Shaw respecto a la democracia parlamentaria. El partido laborista —en el poder desde 1924 con un gobierno en minoría— se limitaba a sostener el sistema y, aunque, cuarenta años después, tanto dentro como fuera del Parlamento, se tomaba en serio a los fundadores fabianos, el socialismo seguía tan lejos como siempre. «Disciplina para todo el mundo y votos para nadie es la moda en España e Italia», escribió sin desaprobarlo del todo.

Cuanto más poder se da al pueblo, más urgente se vuelve la necesidad de un superpoder racional y bien informado para dominar y desactivar su admiración inveterada por el crimen internacional y el suicidio nacional (p. 661).

Shaw exploró más a fondo su depresión política cada vez mayor en las obras de teatro de principios la década de 1930. *The Apple Cart* (El carro de las manzanas) es un ataque mordazmente divertido sobre las confusiones y la corrupción de un gobierno laborista; *On the Rocks* ofrece una visión de terror de Inglaterra al borde de la insurrección violenta, mientras los políticos de cualquier ideología luchan por mantenerse a flote inútilmente. Es una anatomía brillante de una sociedad expuesta a una toma dictatorial del po-

der. Shaw incluso expone con ironía su trabajo como propagandista político a lo largo de toda la vida. En *On the Rocks*, la policía decide apelar a todas las «sociedades de opinión», desde los socialistas al Ejército de Salvación, para que «envíen a sus mejores oradores» a las calles: la buena retórica incendiaria es la mejor garantía de que la revolución nunca tendrá lugar. Y Shaw se identifica compungido con el héroe de *Too True to Be Good* (Demasiado bueno para ser verdad) que está obligado a seguir predicando, «por muy tarde que sea y por corto que sea el día, y aunque no tenga nada que decir».

La ira y la indignación que le provocaban los horrores del capitalismo es lo que llevó en un principio a Shaw al socialismo. A lo largo de su vida, desde los ensayos y tratados breves de la década de 1880 para *Everybody's Political What's What?*, publicado en 1944, seis años antes de morir, Shaw se atenía firmemente al fabianismo progresivo, que era su única defensa contra un pesimismo paralizante. Sin embargo, el interés permanente de Shaw deriva en parte de no haber desterrado nunca del todo este pesimismo. Su desesperante impaciencia lo llevó a veces a una indiferencia arbitraria y autoritaria hacia la gente común y, en la década de 1930, lo acercó peligrosamente al fascismo. Pero la desesperación lo aleja del reformismo poco entusiasta y poco sistemático y se convierte en el germen de su sueño continuo de cambio revolucionario y de su búsqueda de un mundo totalmente nuevo y un nuevo tipo de ser humano.

## 2

El socialismo está lleno de seductoras calles sin salida y vestíbulos con espejos y un millón de columnas. Los hemos recorrido todos y hemos estado en todos ellos. Parecen de lo más forma-

les y sensatos, pero ya encontramos bastantes en 1885 o alrededores. Entonces, en cierto modo, era mucho más alegre: he aquí que el socialismo fabiano es socialismo desilusionado.<sup>2</sup>

Shaw tenía veinte años cuando llegó a Londres en 1876. Procedía de una familia anglo-irlandesa sumamente consciente de sus relaciones aristocráticas y de su pobreza en aquel momento. «Yo era un hombre venido a menos, hijo de un hombre venido a menos», declaraba. Su padre, ingenioso y humilde, un alcohólico siempre al borde de la ruina financiera, nunca olvidó que era «primo segundo de un baronet». La madre de Shaw, una mujer fría y distinguida, era «hija de un hacendado que tenía como norma que, en caso de dificultades, hipoteca»; ella no perdonó ni a su familia ni a su marido la caótica pobreza a la que se vio reducida y, en 1873, se fue con sus dos hijas a Londres, donde se estableció como profesora de música. Shaw escribió cómica y brutalmente sobre el orgullo de los Shaw. «Al estilo irlandés, hablaban de sí mismos como los Shaw, como si dijeran los Valois, los Borbones, los Hohenzollern, los Habsburgo, los Romanoff: y su mundo les reconocía sus razones».<sup>3</sup> Despreciaban a los católicos y a las personas de cualquier oficio; carentes de riqueza y educación, la convicción inquebrantable de su superioridad tendía a encontrar una salida en el humor negro y la excentricidad disparatada. Aunque él se reía de todo eso, compartía el orgullo irlandés. Pasaron muchos años antes de que volviera a Dublín, pero siguió siendo un extranjero en Inglaterra, divertido, ocasionalmente desdeñoso, disfrutando de su capacidad de jugar los juegos de los nativos mejor que ellos. Y, hasta el fin de su vida, tuvo tendencia a abordar los problemas sociales y

2. *Collected Letters 1898-1910*, ed. Dan H. Laurence, 1972, p. 156.

3. *Prefaces*, 1934, pp. 626 y 627.



económicos de Inglaterra como un noble terrateniente de la Irlanda del siglo XVIII.

Shaw había trabajado durante cinco años como oficinista en una administración de fincas de Dublín; después de unos meses en Londres trabajando para la recién establecida compañía de teléfonos Edison, dejó su trabajo de oficina («el destino de la aristocracia raída») y se dispuso —sin contactos ni nada que lo respaldase más que su ambición y la convicción de tener unas dotes especiales— a convertirse en un literato. Escribió una novela tras otra sin llegar a publicarlas; recorría las calles de Londres vestido con un «deteriorado abrigo verde con los puños recortados con tijeras», iba de un concierto a una galería y de la biblioteca a un mitin político. Se pasó varios años merodeando por los márgenes de los círculos literarios de moda con el anhelo de ser aceptado pero con plena conciencia de su condición de provinciano sin educación y con todo por demostrar. Más tarde, Shaw escribió irónicamente sobre el prototipo de joven, como él mismo, que se «avergüenza de su pobreza, vive con el temor continuo de equivocarse, se nuestra resentidamente subordinado y sedicioso en un orden social que no solo acepta sino en el que exige un papel privilegiado».<sup>4</sup>

«Karl Marx —recordaba Shaw—, hizo de mí un hombre». El don nadie irlandés, el ambicioso *outsider* con su deseo secreto de formar parte de la elite a la que criticaba, descubrió el socialismo y se descubrió a sí mismo y su papel en el mundo. «Nunca tuve una relación fácil con la plutocracia y el esnobismo hasta que empecé a estudiar economía», señaló.<sup>5</sup> Después de varios años de rondar ávidamente por los círculos de debate y discusión que proliferaban en Londres, Shaw tuvo la oportunidad de asistir a la conferencia de

4. *Ibid.*, pp. 631 y 639.

5. *Ibid.*, p. 632.

un reformador de la tierra americano, Henry George, autor de *Progreso y pobreza*.

De pronto, toda su rabia no canalizada contra la complacencia burguesa, su intermitente actitud iconoclasta, su rabia perpleja por la desigualdad y la injusticia, cobraban sentido.

Me di cuenta [...] de que «el conflicto entre religión y ciencia» [...] el derrocamiento de la Biblia, la educación superior de las mujeres, Mill sobre la libertad, y toda la tormenta embravecida alrededor de Darwin, Tyndall, Huxley, Spencer y el resto, que era lo que me había alimentado intelectualmente, no eran más que cuestiones de clase media... Constaté la importancia de la base económica.<sup>6</sup>

George le condujo hasta Marx y la lectura de *El capital* lo revolucionó para toda la vida. Fue una lectura selectiva y muy romántica. Shaw repetía con orgullo la historia de que William Archer lo encontró en el Museo Británico leyendo simultáneamente *El capital* y la partitura del *Tristán* de Wagner. Rechazaba la teoría económica de Marx, se burlaba de su análisis de clase, eludía su dialéctica y bromeaba solo a medias cuando calificaba a Marx de tener «cierto aire de fatalista liberal» y de no ser un político práctico. En años futuros, la hostilidad de Shaw hacia Marx fue creciendo a medida que se fortalecía la ortodoxia marxista; se reía de los socialistas que veían la historia como un melodrama en el que el heroísmo proletario se enfrenta a la villanía capitalista y a los entusiastas religiosos que proclamaban que *El capital* era la Biblia de las clases trabajadoras y Moscú la nueva Roma. Sin embargo, Marx siguió siendo para Shaw un

6. Citado por William Irvine en *The Universe of George Bernard Shaw*, Nueva York, 1949, p. 41.

hito crucial no solo en su propia vida sino en el pensamiento occidental. En este libro, Shaw elogia a Marx como «el profeta de la gran revuelta contra el capitalismo de la humanidad ultrajada que constituye la fuerza emocional del movimiento socialista» (p. 319).

Y era como profeta que Shaw lo valoraba. *El capital* era una exposición virulenta del fraude y la injusticia del capitalismo, una jeremiada devastadora contra la burguesía. Shaw consideraba que, a quien apelaba Marx más profundamente, era a los rebeldes de clase media como él mismo. *El capital* clarificó y articuló su odio a las «instituciones que les hacían pasar hambre, los frustraban, los engañaban y los corrompían espiritualmente desde la cuna». Además, Marx, a diferencia de sus predecesores, liberó a esos rebeldes de su sensación de impotencia desesperante. Fue él quien demostró que el mundo burgués no es algo natural, divino ni inmutable. «Escribió sobre el siglo XIX como si fuera una nube pasajera empujada por el viento que cambia de forma y desaparece al pasar».<sup>7</sup>

La conversión de Shaw al socialismo coincidió con los años de mayor flexibilidad y transparencia del movimiento recién despertado. Las diferencias teóricas que conducirían a décadas de desacuerdo todavía no se habían vuelto explícitas; las divisiones sectarias todavía no se habían endurecido. Así, Shaw estuvo estrechamente asociado a la Federación Democrática Social de Hyndman, recibió gran influencia de William Morris y la Liga Socialista, leyó *Casa de muñecas* con Eleanor Marx-Aveling, experimentó con el anarquismo y pasó incómodos fines de semana con amigos que intentaban crear utopías domésticas en las húmedas profundidades de Surrey.

Y Shaw hablaba sin parar, educándose de paso a sí mis-

7. *Sixteen Self Sketches*, 1949, p. 49; citado por Alan McBriar en *Fabian Socialism and English Politics 1884-1918*, 1962, p. 47.

mo, en las esquinas de las calles, en los parques, en los vestíbulos de las iglesias, ante interminables y diversas sociedades políticas. Se había convertido en «un orador con un evangelio», deseoso de comunicar su nueva visión abrumadora de la falsedad y explotación del capitalista. Sus discursos —especialmente sus ataques enojados y repetidos contra los ociosos y los parásitos— se basaban en décadas de propaganda radical y disfrutaba desarrollando variaciones ingeniosas y dramáticas de la ecuación de Proudhon de propiedad y robo. Pero la urgencia y la coherencia de su crítica dependían de su lectura de Marx, así como su insistencia en que el cambio no solo era deseable, o incluso posible, sino inexorable. «He ido de un lado a otro luchando por Marx más que ningún otro socialista del país», aseguraba con razón.<sup>8</sup> William Morris rindió un cálido homenaje a la persistencia y potencia de Shaw como orador:

Su crítica del desorden del capitalismo moderno es tan dañina, su estilo tan mordaz y tan lleno de reservas de indignación y sorna justificadas que a veces me pregunto cómo los culpables, es decir, las personas de clase media no socialistas, pueden quedarse sentados escuchándolo.<sup>9</sup>

Su entusiasmo por el marxismo queda tal vez mejor reflejado en *An Unsocial Socialist* (Un socialista asocial), la novela escrita en 1883 cuando Shaw descubrió por primera vez *El capital*. (Tenía previsto escribir un gran relato de ficción sobre la disolución y caída definitiva del capitalismo, pero tuvo el tino de reducirlo después de dos largos capítulos.) El protagonista, el revolucionario quijotesco Sidney Trefusis,

8. *Collected Letters 1874-1897*, ed. Dan H. Laurence, 1965, p. 169.

9. Citado por E. P. Thompson en *William Morris Romantic to Revolutionary*, 1977, p. 548.

comparte la exaltación vertiginosa que la economía marxista produce a Shaw y que parecía dar sentido a su mundo. Para Trefusis, como para Shaw, la política parece llenar un vacío emocional; como Shaw, no es capaz de dejar de hablar, aunque continuamente acaba haciendo una parodia de lo que más le conmueve. En escenas que oscilan extrañamente entre la farsa y la seriedad, Trefusis saluda a su distanciada e infeliz mujer con una larga conferencia sobre la plusvalía; cuando, más adelante en la novela, ella muere y él tiene que encargarse de una lápida, aprovecha la ocasión para hacer un análisis de la escala de salarios. La novela también insinúa las contradicciones, de momento solo latentes, del pensamiento de Shaw. El rico Trefusis ha decidido vivir como un obrero, pero eso equivale a poco más que una travesura de colegial pensada para irritar a su familia y amigos. Trefusis no entiende cómo viven realmente los obreros y siente poca simpatía por ellos. Se le plantean dudas sobre sus propios panfletos, que «saludan halagüeñamente al peón como la sal de la tierra». A medida que la novela avanza, parece olvidar su visión de las alternativas que nos esperan —el socialismo o la crisis— y en lugar de trabajar en pro de la revolución proletaria, se dispone a desafiar, engañar y en general provocar a los de su propia clase para que adquieran conciencia de clase. En 1930, Shaw afirmó que su socialismo asocial había «nacido como bolchevique [...] Las opiniones del ficticio Trefusis se anticiparon a las del Lenin real». Si Trefusis «viviera», sospecho que sería un fabiano eminentemente respetable.

Shaw, volviendo la vista atrás desde su segura posición fabiana, tenía tendencia a simplificar en exceso su propio desarrollo político. «Durante un año o dos fuimos tan anarquistas como la Liga Socialista y tan insurrectos como la Federación»,<sup>10</sup> admitió. Sin duda era así en el caso de Shaw,

10. Fabian Tract 41, 1892, p. 4.

si no en el de todos sus compañeros fabianos. Y su giro hacia un socialismo constitucional y reformista fue difícil e incluso doloroso. Hacia mediados de la década de 1890, cada vez estaba más convencido de que las grandes manifestaciones masivas de desempleados no eran heraldos de la insurrección: los parados querían trabajo, no una revolución. Cada vez se impacientaba más con la retórica inflamada pero vacía de la Federación Democrática Social y le irritaba cómo los socialistas de clase media idealizaban a los obreros y los trataban con sentimentalismo. Los socialistas refinados y literarios de la década de 1880, afirmaba en *Manual de socialismo y capitalismo para mujeres inteligentes*, tendían a asumir que

todo lo que se necesitaba era enseñar el socialismo a las masas (vagamente imaginadas como una multitud de santos mendicantes) y dejar el resto al efecto natural de sembrar la buena semilla en una tierra virgen y amable. Pero la tierra proletaria no era ni virgen ni excepcionalmente amable (p. 358).

La pobreza no ennoblece; limita y degrada.

[...] la pura verdad es que la gente maltratada es peor que la bien tratada [...] Debemos negarnos a tolerar la pobreza como institución social no porque los pobres sean la sal de la tierra, sino porque «los pobres, en general, son malos». Y los pobres saben esto mejor que nadie (p. 358).

El Domingo Sangriento, el 13 de noviembre de 1887, cuando la policía reprimió brutalmente una manifestación masiva que intentaba llegar a Trafalgar Square, finalmente las dudas de Shaw cristalizaron. En 1892, Shaw descartó el incidente considerándolo poco importante; la insurrección, «después de dos años buenos, desapareció del campo de acción» y aclaró el camino para el fabianismo. Pero en aquel

momento le sorprendió y lo deprimió su reconocimiento de la impotencia socialista para enfrentarse al poder del Estado. En una cínica carta a William Morris, Shaw delata su verdadero dolor.

[...] tendrías que haber visto las carreras de la valiente multitud. Echar a correr no expresa ni mucho menos nuestra acción colectiva. Todos pusimos pies en polvorosa y no nos detuvimos hasta que estuvimos a salvo en Hampstead Heath o alrededores [...] La causa de todo es que la gente intenta vivir en la ficción en lugar de enfrentarse a los hechos.<sup>11</sup>

La amargura con la que Shaw satiriza el socialismo de «barricada» sugiere cuán profundamente le habían conmovido las visiones de la revolución inminente. En 1888, se reía de los jóvenes entusiastas que creen que la revolución es «un asunto de veinticuatro horas animadas, con el individualismo en plena marcha el lunes por la mañana, una ola gigantesca del proletariado insurgente el lunes por la tarde y el socialismo funcionando plenamente el martes».<sup>12</sup> Shaw admitía que, cuando era no mucho más joven, pensaba que duraría quince días o más. A finales de la década de 1890, Shaw atacó de nuevo, de modo aún más hiriente, las ilusiones y errores de los supuestos revolucionarios; se burlaba de su visión romántica y apocalíptica de la historia y se mofaba de cómo una conversión al marxismo produce «súbitos accesos de amor propio», nueva elocuencia y seriedad. El revolucionario fantasmagórico al que caricaturiza tan convincentemente pero que sigue rondándole es sin duda él mismo en su juventud.

11. *Collected Letters 1874-1897*, p. 177.

12. «The Transition to Social Democracy», en *Fabian Essays*, 1948, p. 170.

Cuando Shaw se unió a la Sociedad Fabiana en 1884, esta no tenía una política ni unos miembros inconfundibles; no era más que otro círculo de debate, serio pero confuso.

Cuando yo, a punto de afiliarme a la Federación Democrática Social, cambié de idea y me uní a la Sociedad Fabiana, no me guié por una diferencia reconocible en el programa o los principios, sino únicamente por la sensación instintiva de que la Sociedad Fabiana y no la Federación atraería a los hombres con mis inclinaciones y hábitos intelectuales, que entonces estaban más maduros para el trabajo que teníamos por delante.<sup>13</sup>

Ciertamente, en aquel momento, Shaw adoptó un tono bastante condescendiente. Dirigiéndose a Andreas Scheu, describió a los fabianos como «una serie de filántropos de clase media que se creían socialistas» y, aparentemente, se disponía a radicalizarlos. «No veo por qué la cola de la clase media, que constituye un proletariado numeroso y educado en parte, no debería trabajarse un poco».<sup>14</sup>

Shaw consideraba memorable el día en que ingresó en la Sociedad. Un discurso de Shaw —salpicado de su ingenio característico y su paradójica lucidez— se publicó como el primer Manifiesto de la sociedad. (Entre otras cosas, aboga por la igualdad sexual sobre la base de que los hombres «ya no necesitan privilegios políticos especiales que los protejan contra las mujeres»; y termina con la conmovedora declaración de que «sería mejor enfrentarnos a una guerra civil que vivir otro siglo de sufrimiento como el actual».) Shaw, editando desinteresadamente el trabajo de otros y redactando muchos de los panfletos fabianos más influyentes, dio a la propaganda fabiana gran parte de su mordacidad y claridad.

13. Fabian Tract 41, p. 4.

14. Thompson, *op. cit.*, p. 333.



También fue decisivo para Shaw ingresar en la Sociedad Fabiana. A medida que la sociedad se iba expandiendo y atrayendo a personas como Sidney Webb, Sidney Olivier y Graham Wallas, fue ocupando un lugar más importante en su vida. Sus descripciones de la Sociedad a veces parecen un poco petulantes: la felicitaba por su irreverencia crítica, su hábito de burlarse de sí misma, su desagrado de la retórica sentimental y el efusivo entusiasmo.

[...] había demasiada igualdad e intimidad personal entre los fabianos para permitir que algún miembro se atreviera a levantarse y predicar a los demás a la manera que las clases trabajadoras toleran todavía sumisamente a sus líderes.<sup>15</sup>

Pero esta complacencia surgía del hecho de que Shaw, por primera vez en su vida, se sentía en casa, cómodo entre personas como él que compartían sus preocupaciones y apreciaban su ironía. «Prácticamente, lo más acertado que hice jamás —escribió Webb— fue obligarle a aceptar mi amistad y conservarla».<sup>16</sup> Las relaciones de Shaw dentro de la Sociedad Fabiana fueron más duraderas, y creo que más intensas y apasionadas, que cualquiera de sus vínculos sexuales o románticos.

Evidentemente, la influencia de Webb sobre Shaw adquirió cada vez mayor importancia en las décadas de 1880 y 1890 y llegó a ser un factor principal en la deriva de Shaw del marxismo revolucionario al fabianismo evolutivo. El pragmatismo y gradualismo de Webb parecía ofrecer un socialismo posible, práctico aunque aburrido: la posibilidad de un «éxito prosaico» más que la certeza de una «derrota heroica». En 1888-1889 Shaw editó los *Fabian Essays* (Ensayos

15. Fabian Tract 41, p. 5

16. *Sixteen Self Sketches*, p. 65.

fabianos), y los dos textos que él aportó reúnen ideas y argumentos que había expuesto en una serie de cartas y artículos, así como en los grupos de discusión regulares de Hampstead, tan importantes para los fabianos jóvenes. Shaw sustituye la teoría de la plusvalía de Marx por su propia ley de la renta y, como consecuencia, abandona cualquier idea que pudiese quedarle de que las clases trabajadoras podrían ser el origen del cambio. La buena sociedad debe alcanzarse pacíficamente. Shaw no niega la violencia y el conflicto de clase inherente en nuestra sociedad, pero considera que ambas cosas son síntomas que eliminar más que posibles fuentes de cambio. El socialismo se alcanzará mediante reformas pequeñas y acumulativas —mayor extensión del derecho a voto, impuestos progresivos sobre la renta, ampliación del control del Estado sobre la industria, nacionalizaciones cuidadosamente preparadas, establecimiento de la empresa municipal contra la empresa privada— que llevarán finalmente a la transferencia completa de la propiedad y los medios de producción a manos públicas. Shaw se esfuerza cuanto puede en disipar la desconfianza liberal del Estado; un gobierno democrático genuino no representará intereses sectoriales sino de toda la comunidad.

Shaw adoptó esta posición con su vigor característico; como ocurría a menudo en su caso, una nueva idea entrañaba una nueva personalidad. Abandonando el papel de revolucionario exaltado, se proclamó un realista práctico y objetivo, un pragmático dispuesto a dedicar su vida a la investigación minuciosa y al trabajo de comisiones. Se profesó *científico* y aseguró que el fabianismo evolutivo era la única aproximación fiable y científica a la política. Se reía del modo en que los entusiastas revolucionarios tendían a reclamar una base científica para sus sueños y falsas ilusiones, pero él utilizaba constantemente la palabra «ciencia», y en sentido amplio. Criticaba al dogmático marxista Hyndman por su política

moralizadora al tiempo que insistía en su propia objetividad como «historiador natural»; en *Manual de socialismo y capitalismo para mujeres inteligentes* subraya repetidamente la necesidad de un análisis científico aséptico en lugar del sentimentalismo al que tienden las mujeres; en 1947, todavía insistía en que las visiones de la Nueva Jerusalén debían dar paso a un socialismo científico, es decir, fabiano y constitucional. «Ciencia» es a veces sinónimo de sentido común (otro de los términos favoritos de Shaw), de pragmatismo o de eficiencia. Su uso constante de la palabra «científico» es también una manera de asegurarse a sí mismo que, por mucho que se retrase, el socialismo es inevitable. Shaw nunca olvidó que el socialismo significa una transformación total —revolucionaria— de la sociedad. Pero el fabianismo evolutivo, a pesar de su confianza y sus detalles formales, no ofrece una reflexión teórica ni práctica sobre los mecanismos del cambio social. Como último recurso, el fabianismo es idealismo con disfraz científico; depende finalmente de una llamada al altruismo, a la disposición de subordinar el individuo a las ideas de justicia y el bien común. William Morris señaló la debilidad de la posición fabiana. Son esencialmente colectivistas burocráticos que confunden la «maquinaria cooperativa» del capitalismo avanzado con el socialismo. Al reseñar los *Ensayos fabianos*, deploraba la influencia de Webb sobre Shaw, argumentando que

se deja de lado la clara exposición de los primeros principios del socialismo y la crítica de la falsa sociedad actual (que nadie sabe hacer de forma más dañina que Bernard Shaw) para exponer una teoría táctica que no podría llevarse a la práctica; y que, si pudiera, nos dejaría en una posición a partir de la cual tendríamos que empezar de nuevo nuestro ataque al capitalismo...<sup>17</sup>

17. Thompson, *op. cit.*, p. 546.

Al final del ensayo sobre «La transición a la democracia social» revela la incomodidad que le produce su nueva posición y su desacuerdo con Morris. De pronto aplica su ironía irlandesa a sus propias propuestas eminentemente respetables que, nos asegura muy en serio, llevan «el sello de la sacristía que es tan agradable a la mentalidad británica: en ningún momento pretenden pasar a nadie por la guillotina, declarar los Derechos del Hombre, jurar sobre el altar del país ni nada de lo que se supone que es esencialmente no inglés». Pero su ironía, como ocurre a menudo, va confusamente acompañada de una emoción más profunda. En el siguiente párrafo, en uno de los pasajes más elocuentes que escribió Shaw jamás, va más allá para expresar su pesar y simpatía por aquellos, como Morris, para quienes

lo correcto es tan claro, lo erróneo tan intolerable, el evangelio tan convincente que les parece que tiene que ser irremisiblemente posible alistar a todo el cuerpo de trabajadores —soldados, policías y todos— bajo el estandarte de la hermandad y la igualdad y con un solo golpe instalar a la Justicia en su legítimo trono. Desgraciadamente, es tan imposible reunir un ejército de luz así con el producto humano de la civilización del siglo XIX como sacar uvas de los cardos. Sin embargo, si nos alegramos de la imposibilidad; si nos sentimos aliviados de que el cambio tenga que ser lo bastante lento para impedirnos el riesgo personal; si sentimos algo menos que una decepción aguda y una humillación amarga ante el descubrimiento de que entre nosotros y la tierra prometida hay todavía un desierto en el que muchos morirán miserablemente de necesidad y desesperación... entonces debo rendirme y pensar que nuestras instituciones nos han corrompido hasta el grado de egoísmo más ruin.<sup>18</sup>

18. *Fabian Essays*, pp. 186-187.



